

DINERO BIEN GASTADO

Por *Peggy Hodges*

-¡OH, ESTA tabla-patín es divertida!

Daniel se inclinó a un lado y luego al otro, deslizándose en una dirección y luego en la otra. Y a medida que descendía por la calzada de entrada iba ganando velocidad, y también entusiasmo. En eso la tabla-patín agarró un poco de grava que había caído sobre la calzada.

¡Bam! Y la tabla-patín se le escapó de debajo de los pies y fue a estrellarse contra los rayos de la rueda delantera de una bicicleta. Y Daniel cayó con un golpe sordo en la calzada. Por un momento quedó como aturdido, luego, lentamente, miró a su alrededor. Nadie lo había visto.

Cuando pudo ponerse de pie, se sorprendió de que todos sus huesos estaban todavía en orden. Tenía algunos rasguños en las manos, pero con todo estaba en mucho mejor estado que la bicicleta. La vista de esa rueda delantera lo hizo sentirse enfermo.

La bicicleta pertenecía al anciano Sr. Alvarez. Todos los muchachos del vecindario tenían un poco de miedo al Sr. Alvarez, que vivía solo y que rara vez les hablaba, a no ser para advertirles que no le rompieran las flores. Daniel sabía que el Sr. Alvarez era también muy cuidadoso con su bicicleta.

Cada día la sacaba del garaje, la revisaba cuidadosamente y luego iba con ella al pueblo para buscar la correspondencia. Cuando volvía, la desempolvaba y la limpiaba bien y luego la estacionaba al lado del garaje hasta la tarde. Cada tarde salía a la misma hora, volvía a revisar cuidadosamente la bicicleta, y luego la guardaba en el garaje.

Por un instante Daniel sintió el impulso de correr a su casa y aparentar que no sabía lo que había ocurrido con la bicicleta. ¡Al fin y al cabo, nadie lo había visto! Pero luego se le ocurrió algo mejor.

"Tú lo hiciste -se dijo severamente-. Anda y dile al Sr. Alvarez lo que ha ocurrido. Supongo que le dará un ataque de cólera, pero sé que tienes que admitir que lo hiciste, y nada más.

En el momento de llamar a la puerta destartalada del Sr. Alvarez, no se sintió tan valiente. Aquel abrió un poquito la puerta y le preguntó con voz destemplada:

--¿Qué quieres?

Daniel le explicó lo que había ocurrido y terminó:

Lo siento, Sr. Alvarez. No lo hice a propósito, ¡palabra!

El Sr. Alvarez salió y examinó cuidadosamente el daño que tenía la bicicleta.

- ¡Ah! Tendré que conseguir una rueda nueva. Me imagino que costará unos \$10 pesos.

Daniel pensó en el \$ 1,80 que estaba ahorrando para comprarse una radio a transistores, y entonces dijo: -Yo la pagaré si puede esperarme un poco. Ahora tengo \$1,80, y cada semana puedo irle pagando un poco.

El Sr. Alvarez se quedó pensativo. Le puso su mano grande sobre el hombro de Daniel.

-Mira, hijo, creo lo que tú dices, que fue un accidente. Eso puede ocurrirnos a todos nosotros. De manera que yo pagaré por la rueda. . Anda, lávate las manos y. de aquí en adelante, trata de ser más cuidadoso. Esos tablas-patines pueden ser juguetes muy peligrosos.

Daniel casi no podía dar crédito a sus oídos. Agradeció al Sr. Alvarez y corrió a su casa, donde René, su hermano menor, estaba remontando una corneta. Y con él estaban varios otros muchachitos. Todos corrían y gritaban a medida que la corneta subía y subía. De repente René tropezó y cayó. Al caer se le soltó la cuerda de las manos y la corneta se fue. Los muchos quedaron mirándola con la boca abierta. Daniel corrió hasta donde estaba su hermano y lo sacudió.

-¿Qué estabas haciendo con mi cometa nueva? ¡Te he dicho muchas veces que no me toques las



cosas!

--Me olvidé, Daniel -balbuceó René.

- ¡Ya verás cómo te acordarás para otra vez! ¡Págamela! Anteayer pagué un peso por ella.

René se echó a llorar.

- ¡Yo no tengo un peso tú lo sabes! Tengo sólo 25 centavos que es lo que me dan por semana, y de eso tengo que comprar alimento para mi conejillo.

- ¡Eso es justo! -respondió-. Tendrías que haberlo pensado antes che tomar mi corneta. Puedes pagarme 15 centavos por semana hasta que lo termines che pagar. Ya ves que no trato he ahorcarte!

-Un momento, Daniel -oyó que alguien decía y al levantar la vista vio al Sr. Alvarez parado junto a la cerca.

-He estado escuchando la discusión entre ti y René, y me parece que tienes razón. Cuando una persona rompe o pierde algo, debiera pagarlo. De modo que voy a hacer que me pagues por la rueda de la bicicleta. Dijiste que tenías \$1,80. Eso estará bien para empezar. El resto puedes pagarlo cada semana de lo que recibes. Conseguiré una nueva rueda esta tarde y te traeré la boleta.

Daniel quedó callado. El Sr. Alvarez no tuvo que explicarle nada más. ¡El sabía muy bien lo que había hecho cambiar de opinión al anciano!

¡Cuán pronto se había olvidado de lo comprensivo que el Sr. Alvarez se había mostrado con él en el asunto de la rueda! Se dio cuenta de que había sido muy rudo con René. Era cierto, René había hecho mal, pero no lo había hecho a propósito, así como tampoco él había roto a propósito la bicicleta del Sr. Alvarez.

Acudieron a su mente las palabras que decía cada vez que repetía el Padrenuestro: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores".

Enderezó entonces sus hombros. Había sido desagradecido e inexorable, pero no iba ser también tonto. De manera que la radio a transistores tendría que esperar. No le gustaba pensarlo, pero no había nada más que hacer.

-Muy bien, Sr. Alvarez -dijo-. Comprendo exactamente lo que quiere decir. Pagaré por la rueda tan pronto como pueda. ¡Y... gracias por todo!